

CAPITULO V.

Se demuestran el modo y los medios por donde ha hecho tan rápidos progresos el escepticismo filosófico.

Mi estimadísimo amigo : acabo de recibir su última fecha.... del corriente, y antes que se me pase el buen humor que ha despertado en mí, tomo la pluma deseoso de satisfacer á sus preguntas, y complacido de que mis anteriores hayan tenido en su ánimo todo el efecto que me propuse al escribirlas. Me pregunta vmd. ¿cómo un monstruo tan descuadernado, como aparece ya á su vista el escepticismo, ha podido dilatar tanto sus conquistas en el ramo filosófico? ¿Cómo ha podido asaltar hasta el santuario de la Religion? ¿Qué secreto conducto reúne ambos desórdenes mancomunados contra esta? Sin acabar de admirarse de que ideas tan sólidas y comunes hayan podido confundirse hasta este extremo, arrebataando la seducción los pueblos, las clases, y hasta los talentos mas eminentes. Este contraste entre sus sentimientos actuales, y los temores pasados es, amigo mio, un resultado de la fuerza de la verdad, y estoy para decir, que ofrece en sí la solución de todas sus preguntas. Porque si una reseña superficial de la estructura de nuestros conocimientos naturales y sobrenaturales, trazada por mano tan infeliz como la mia, hace á vmd. despreciar lo que antes estimaba, y burlarse de lo que temía, y admirarse de sí mismo, sin acabar de creer cómo redes tan despreciables pudieron infundir pavor á su corazón, ¿qué sería si una mano hábil desplegara á su vista todos los tesoros de la sabiduría humana, su enlace con la sobrenatural, y el llenó de perfección que se deriva de esta á todo cuanto ilumina? Obra es esta, amigo mio, superior á hombros humanos, cuanto mas á los míos. Pero en medio del conocimiento limitado que tenemos, descubrimos aun esta verdad, confirmada perpetuamente por

la experiencia, á saber; que el objeto de nuestras investigaciones es inmenso; que el modo de conocerle no es instantáneo, sino sucesivo; no simple, sino complicado hasta lo sumo; que la esfera de nuestras fuerzas, tasada, digámoslo así, por el arancel de la naturaleza á que pertenecemos, es limitada, está sujeta á leyes fijas, padece alteraciones, tiene términos, que en vano pretenderemos traspasar. El hombre observador lee todos los dias en su corazón estas lecciones importantes. Semejante á la atmósfera, ve mudarse los temporales siete veces sobre él; cubierta de densas nubes la region superior, apenas divisamos á veces nada de cuanto estudiamos por largos años; dudamos de todo, nada vemos con claridad; las demostraciones nos parecen juegos, los sofismas y argumentos levantan su cima hasta las nubes, y un escepticismo universal enlutece, para decirlo así, la mente mas serena y despejada: entorpecidos otras, sin saber porqué, apenas tenemos ganas de abrir los ojos ó mear los labios, nada nos hiere, una fria indiferencia se apodera de nosotros, y diríamos que un invierno riguroso habia despojado nuestras potencias, y reducido al sueño de la muerte los campos todos de nuestros conocimientos literarios. Vemos dias en que, saliendo de lo profundo del corazón un humorcillo acre, se estiende insensiblemente á manera de nube de verano, y con ella el ímpetu y la borrasca en toda la region de nuestro entendimiento: nuestros ojos no registran sino bultos y monstruos por todas partes; agitada la imaginación, brama como el mar, deseando salirse de su quicio; nuestros labios olvidan el lenguaje de la paz; la pluma vibra rayos; la crítica proscribte y raja, sin perdonar á lo sagrado; pensemos, ó discurremos, ó juzguemos, todo lleva sobre sí un carácter de amargura, que apenas podemos sufrir nosotros mismos. Amanecen por fin dias serenos, y todo muda de semblante. ¡Qué claridad! ¡Qué extensión de luces! ¡Qué despejo en las potencias! ¡Qué suave viveza en las expresiones!... No parece sino que puestos sobre una colina en una de las hermosas mañanas de la primavera, vemos al sol de la luz intelectual ó de la revelación lanzar suave y vigorosamente sus rayos sobre cuanto nos rodea: la literatura ofrece á

nuestra vista todas sus regiones; y ese cuadro ordenado puesto á nuestros piés, como que nos rinde homenajes y recompensa los sudores que de antemano nos ha costado su conquista : á donde quiera que volvemos los ojos, hallamos un manantial de sensaciones agradables y dulces : fijar la consideracion, y ser herido del convencimiento ; pasear la vista, y percibir un enlace admirable entre todas las partes ; contemplar desde el todo hasta el mas pequeño de sus trozos, y prorumpir en alabanzas y bendiciones hácia aquella mente sabia, de cuyo seno brota, es todo uno. ¿Qué es esto ? ¿Qué secreto encanto nos hace así el juguete de nosotros mismos ? Este hombre anegado en un rio de luz y de paz, ¿no es aquel á quien asustaban los sofismas que ahora desprecia ? ¿Cómo despreciaba las demostraciones ó verdades que ahora mira con placer, y celebra como fuera de sí mismo ? Esos ojos tan vivos y penetrantes, esa alma que como mariposa tiende sus alas llenas de actividad y hermosura, discurre por los aires y se pasea por las flores, ¿no era ayer un insecto horroroso que apenas podía arrastrarse por la tierra ? Ese entendimiento ahora tan sereno, tan apacible en sus conceptos, tan sosegado en sus imágenes, tan placentero en sus palabras, tan insinuante en sus períodos, tan detenido en sus juicios, ¿es otro por ventura que aquel, cuyos horrores temia él mismo poco há ? ¿Qué es esto pues, vuelvo á repetir, amigo mio ? El hecho es indudable. Solo quien sea peregrino de sí mismo, puede desconocerle en ambos órdenes. Creemos hoy, y parece que somos víctima perpétua de la incredulidad mañana : tememos sin esperanza alguna ahora, y esperaremos sin acordarnos del temor poco despues ; sin saber porqué nos asombran las dudas y fastidian las verdades, cuya conexion era nuestro embeleso pocos momentos há. Esta alternativa que el hombre sabio y religioso sufre como una roca las oleadas del mas, sin ceder un punto de su sitio, antes radicándose mas en el conocimiento propio, hace por él contrario el juguete de sus vaivenes al impío ; semejante al polvo, *quem projicit ventus a facie terræ*. Y vea vmd. aquí, amigo mio, la primera y principal causa de las prodigiosas conquistas que le admiran. Nuestros conocimientos tienen una influencia

reciproca con las inclinaciones de la voluntad. Unos y otras deben ejercer sus funciones valiéndose del cuerpo, y esta complicacion ofrece en sí misma ya toda la inestabilidad y miseria de las cosas criadas. La delibidad é indisposicion de los órganos aleja á muchos para siempre de la luz de la razon, dejándolos habitualmente sumergidos en la clase de los brutos. Las ataduras de la infancia y la decrepitud de la vejez, cercenan sin distincion el corto plazo de la vida. Desarrolladas las potencias á medias, y como por grados, producen una variedad de talentos, entre quienes son muy raros los sublimes, y aun estos diversos entre sí ; la falta de educacion deja á muchos de estos ocultos, como los metales entre las malezas y rusticidad de sus minas : los deberes personales, domésticos, políticos, etc., retraen á casi todos de estudios profundos, en los cuales una contemplacion abstracta consume las carnes, y lo que es peor aún, no llena la bolsa ni proporciona alguno de aquellos medios de atender á las necesidades indispensables de la vida. De suerte que un cálculo, así nada mas que á ojo, reduce el orbe literario á un puñado de hombres capaces de arrostrar los peligros, de subir hasta la cima de los conocimientos humanos, y dar la ley y el tono á todos los demás.

Fijemos ahora la consideracion en estos hombres singulares, y nos admiraremos mas aun. Las enfermedades que miran como el fruto de sus tareas, arredran á unos, hacen economisar las tareas á otros, y dejarlas por fuerza, ó continuarlas sin utilidad á no pocos ; las necesidades indispensables del sueño, y el sustento, obligan á hacer alto por horas enteras todos los dias, aun á los sanos ; el ritual de la sociedad y atenciones indispensables á una vida reducida á lo último de la estrechez, piden tambien su parte de tiempo ; los calores de la estacion se llevan otra ; la debilidad del cuerpo hace que apenas llevamos una hora de trabajo, cuando arde la frente, se cansa la cabeza, y se trabaja de tan mala gana, que á mí se me figura como quien estruja un limon hasta lo último, que saca cáscara en lugar de jugo. De modo que aun los talentos mas aptos y robustos, pueden emplear un cortísimo plazo de su vida en las investi-

gaciones profundas de los conocimientos sublimes. Consideremos ahora este plazo, y veremos subir de punto la admiracion. Porque ¡qué trabajos no hay que sufrir hasta domar la imaginacion y proporcionar al entendimiento aquella madurez sólida que le aplica sin intermision á las verdades, introduciéndole hasta los senos mas ocultos! ¡Cuántas amarguras y hastios es preciso tragar antes de engolfarse en una luz, que solo se alcanza despues de mil conocimientos y de sacrificios increíbles! Siendo respectivos por lo comun los talentos, ¡qué tino no es menester para colocar á cada uno en el campo propio de sus investigaciones! Colocado ya ¡cuántos instrumentos, cuántos medios es forzoso reunir para desplegar toda su actividad! ¡Cuántos impedimentos hay que remover! ¡Cuánto tiempo es necesario emplear hasta dominarse á sí mismo, dominar las materias, merecer el nombre de sabio en aquel solo ramo!..... Y esto contando nada mas que con el órden natural. Agrégume vmd. ahora los alicientes de la concupiscencia, los clamores de la gula, los ímpetus de la ira, los devaneos de la vanagloria, los proyectos interminables de la codicia, los cálculos de la ambicion, las distracciones de la sangre, la amistad, etc., los horrores del retiro, el proceder lento de nuestro entendimiento, etc., nuestra inconstancia, y vendremos á concluir que solo en el corto recinto de una facultad es poco menos que milagro arribar a un mediano conocimiento de toda ella.

Extendamos ahora la consideracion al campo inmenso de la literatura. ¡Qué diversidad de lenguas! ¡Qué alternativas en cada una de ellas! ¡Qué mezclas y combinacion mútua! ¡Qué de adherentes indispensables para fijar el sentido, el tono, la interpretacion! ¡Qué variedad inapeable de figuras en la retórica, poesía, etc.! ¡Qué relaciones esenciales entre esta parte de la literatura y todas las demás! Las ciencias comunicadas de los Caldeos á los Egipcios, de estos á los Griegos, á los Romanos, Árabes, etc., llegan hasta nosotros por tantas manos, despues de tantas traducciones, que sus primeros autores no las conocerian en el día. ¿Quién podrá salir fiador de unas traducciones cuyos originales no exis-

ten, sobre las que siglos inmensos ejercieron todo el influjo de su inestabilidad? ¿Quién podrá gloriarse de fijar el sentido verdadero de palabras, cuyo sonido apenas conservamos? ¿Quién, penetrando hasta las fuentes originales, hará por sí mismo el escrutinio que requiere una sólida y segura erudicion? ¿Dónde está el hombre capaz de interpretar el lenguaje simbólico de unas sectas empleadas en hablar cada una de modo que nadie la entendiera?... Sin salir del recinto de la gramática, es necesario confesar, amigo mio, que recibimos por mano ajena la mayor parte de nuestros conocimientos. Vengamos á la lógica. ¿No descansa sobre el conocimiento, ó digámoslo así, sobre la anatomía de todas nuestras potencias? ¿No debe ser el fruto de una observacion profunda sobre el modo con que debemos pensar, y los infinitos vicios que pueden atacar á cada uno de los pasos de nuestro estudio?... ¿No debe someter á su exámen el inmenso poderío de las pasiones, y los interminables rodeos de una lengua falaz, puesta en contradiccion con lo que siente, ó poco detenida en expresarlo? ¿No debe dar reglas generales que, sin perjudicar al cuerpo general de las ciencias, se adapten á cada una, contrayéndose al genio y carácter especial que la distingue? Y todo esto ¿puede hacerse sin haber fondeado cada uno de por sí, y reuniendo bajo un punto de vista las relaciones mútuas que las unen? La física.... ¿Y quién puede, no digo abrazar, sino reunir en un diseño su campo tan vasto como el del universo?... La observacion y la experiencia necesitan en comun instrumentos sin cuento, cálculos, viajes, analisis, combinaciones.... necesitan observadores libres de sistemas, sinceros, solícitos, adornados de prendas tan sublimes, que apenas parecen posibles... necesitan conocimientos lógicos, matemáticos, astrológicos, geográficos, químicos.... necesitan finalmente de una induccion detenida y casi infinita, deducir reglas generales que gobiernen sin perturbar entre sí las regiones inmensas de cuantas ciencias comprenden los dominios de la naturaleza. ¡Qué delicadeza para unir la matemática con sus diversos ramos, sin que el cálculo dañe á la realidad, ni esta perjudique á la exactitud de aquel! ¡Qué dilatacion de espíritu para abrazar á

un tiempo la esfera de la historia natural, reduciendo á reglas la variedad de sus especies, las irregularidades de sus climas, alimentos, producciones, etc. ! ¡Qué prevision tan fina para mantener sus relaciones con la química, náutica, óptica, medicina, cirugía, etc.!... ¡Qué!..... Pero sería interminable esto, amigo. Discurrá vmd. por este estilo de la metafísica, política, historia, etc..... Agregue vmd. la influencia que los climas, las revoluciones políticas, los sistemas, la preponderancia de estos ó los otros ramos en las diferentes épocas han producido necesariamente, y cuando, asombrado á la vista del campo inmenso de los conocimientos, compare con ellos el corto número de hombres capaces de cultivarle, el corto tiempo que pueden emplear, los muchos estorbos que tienen que vencer, permítame que le pregunte, y en su persona á los sabios de nuestros días, ¿qué caminos y medios tiene el hombre en su mano para arribar á la posesion de todos estos conocimientos tan sublimes, tan amenos, tan necesarios; pero al mismo tiempo tan vastos, tan árduos, tan difíciles? ¿Los encuentra el hombre infusos ó depositados en su mente al nacer?.... Aun cuando quisieran afirmar así, una voz universal, arrancada por la experiencia de los labios de todos y cada uno de los hombres, desmentiría esta asercion ridícula. Deben pues adquirírselos por uno de estos dos medios: ó por la invencion, ó por la enseñanza de los otros. ¿Le parece á vmd. que la invencion de tantos ramos es propia de todos y cada uno de los hombres? ¿Es obra, no digo de todos y cada uno, sino del mas estirado de sus individuos? ¿Es obra de una vida tan corta, tan distraida en negocios indispensables, no digo la invencion de todos, sino de cada uno de estos ramos?.... No: entre los innumerables héroes que cuenta la literatura, son muy raros los que honra como inventores: son fruto de la casualidad muchos de ellos, sin que esta asercion necesite mas prueba que una ojeada superficial sobre la mas diminuta de las historias de las ciencias. Pregunto pues ahora. Un sistema, que dando por el pie á la enseñanza hace desconfiar de todo maestro que no sea la evidencia de nosotros mismos; un sistema, que bajo los dictados odiosos de *siglos bárbaros, escasez de luces, infan-*

cia del entendimiento humano, borra de una plumada el trabajo de millares de siglos, como si hubiera hecho el expediente de una literatura que condena sin oír, sin conocer, y quizá sin mas trabajo que copiar las palabras de un pedante tan necio como él; un sistema, que adullando la presuncion y flojedad del hombre, le pinta con los colores negros de *preocupacion, rutina*, etc., la docilidad á los maestros, enseñándole á acreditarse de sabio, censurando lo que no entiende, y hablar de todo sin fatigarse en trabajar; un sistema, que ignorando la extension de los conocimientos humanos, la diversidad de ellos, la debilidad de nuestras luces, la inconstancia y flojedad natural del hombre, con los demás motivos que hacen larga y molesta la adquisicion de las ciencias, atribuye á los métodos anteriores efectos que manan de la esencia de la obra, y se gloria de instruir sin trabajo, dejando tiempo para los solaces de las pasiones mas enemigas de la verdad; un sistema, que haciendo innatos los conocimientos, hace creer al hombre que no necesita mas que de sí mismo para inventar de nuevo, que le hace juez de los trabajos de hombres infinitamente superiores á él en los talentos, tareas, luces, etc.; que extendiendo su tribunal hasta las primeras verdades, le hace empezar su carrera por dudar de todo, y empezar á admitir, segun le parece á su razon, sea buena ó mala, aguda ó roma, sea zapatero, ó sastre, ó estudiante, ó lo que le dé gana..... Un sistema de esta clase, y repito y repetiré toda mi vida, por mas que se engálane, por mas que se celebre y aplauda, ¿dejará de estar fundado sobre bases falsas? Sus resultados ¿serán otros que igualar á los hombres en un pedantismo ridículo, en vez de extender á nivel unas luces que la naturaleza no igualó, y que los hombres no igualarán jamás por mucho que desatinen y charlen?.... Quitado desatinadamente aquel tribunal supremo, que invisible, pero magestuosamente hablaba por boca de los sabios, y mantenía un derecho, digámoslo así, de gentes entre las diversas naciones de la tierra, ¿era de esperar otro fruto que la confusion de sus límites, el trastorno de sus métodos, la confusion, el desórden y la anarquía del escepticismo?.... Un jóven erigido en juez universal de

las ciencias, sin haber saludado las leyes de ellas; sin conocimiento alguno del orden y relaciones mutuas que las unen; sin saber el carácter respectivo de cada una; sin haber saludado los umbrales, las partes, los objetos, las cuestiones, etc. de la menor de todas ellas; ¿podía dar al mundo otro espectáculo que el de atropellos, disparates, sentencias injustas, con los demás milagros de un alcalde montera?.... Un mozalvete arrojado al mar de la literatura sin otro piloto que su curiosidad, llenos los cascos de mil prevenciones contra los antiguos y superiores, persuadido á que vino al mundo para restaurar la luz, de que carecía hasta que lo parió su madre; penetrado de que no hay ramo que no sea teatro destinado á sus proezas, convencido de que sin trabajar, ni dejar la mozueta, ni la hacienda, ni la comilona, ni la baraja, se puede hacer todo esto en veinte y cuatro horas por el método moderno, ¿puede ni debe ser mas que una araña que, sacando de sus entrañas el jugo, y tejéndolo de esta ó la otra suerte, hace una red para cazar moscas y comer?.... Persuadido á que debe medir toda verdad por la impresión que le hace, como quien cata quesos ó ajusta melones, ¿le queda otro partido que negar lo que no entiende, ridiculizar lo que cuesta trabajo aprender, escribir *calamò currente* de todo sin decir nada y tenerse por sabio, interin no se roce al hablar; puesto á demostrar lo que es inteligible, y entender lo que es demostrable, evidenciar lo probable, opinable, etc..... negarlo todo, enredarse en sofismas, y concluir con que nada se sabe, y que el escepticismo es el único sistema verdadero?.... Ahí tiene vmd., pues, amigo mio, la primera y principal causa de que el escepticismo haya podido dilatar tanto sus conquistas en el ramo filosófico. De lo que debemos admirarnos es de que haya quedado siquiera un solo hombre que no sea su víctima, atendido el aparato de semejantes métodos, y el gérmen con que cuentan dentro de nosotros mismos. El hombre desea saber por curiosidad, desea parecer sabio por soberbia, no quiere trabajar para serlo, por desidia y holgazanería; y así métodos que lo divierten, que le adulan, que le ponen en la mano los frutos del trabajo sin cansarle, debían contar seguramente con el séquito que vemos. Pero como las

ilusiones no son perpetuas, debían estrellarse tambien en los males que lloramos ya casi sin esperanza de remedio. Yo me figuro, amigo mio, estos proyectos á aquellos cadáveres que, cerrados en un sótano, permanecen enteros, y al parecer frescos; pero apenas les dá el aire, cuando se convierten en ceniza. ¡Cuántos sistemas aplaudidos de buena fe en la especulativa, deshizo y deshace aun el aire de la práctica!... *Opinionum commenta delet dies; nature judicium confirmat.* (Ciceron, *De natur. deor.*, lib. 2.

Pero ¿en qué consiste, oigo decir á vmd.? ¿en qué consiste que á pesar de todo esto vemos realmente los progresos de muchas ciencias, sin que podamos negar esta verdad, á menos que queramos ponernos en contradicción con la evidencia?.... Es este, amigo mio, otro duende que conviene desvanecer antes de contraernos al objeto principal de nuestras investigaciones. Para hacerlo de raíz, volvamos al prospecto general de la literatura que propusimos poco há, y observemos en él algunas verdades fundamentales. La literatura humana es, para explicarnos así, un grande imperio compuesto de diversas regiones ó provincias, que es lo que llamamos ciencias; estas tienen por consiguiente dos aspectos ú órdenes diferentes cada una. Tienen un método, un orden, unas reglas propias, que forman, digámoslo así, su régimen doméstico; tienen además ciertas relaciones mútuas, cierta dependencia, cierta jerarquía, cierto régimen común que preside á todas ellas. Estos principios fundados en la naturaleza misma del objeto de nuestro entendimiento, y reconocidos unánimemente por los sabios, abren la puerta á un sinnúmero de reflexiones útiles. Porque en primer lugar, estribando la conservacion de los particulares en la del común, como cabeza y raíz de todo lo demás, en el momento que una ciencia traspase sus límites, confunda el orden natural, aspire á hacer universal su método respectivo, reduzca á su esfera todo el mérito con desprecio de los demás, y haga á sus principios norma ó regla universal del orbe literario, sus progresos útiles hasta entonces dejan de serlo en adelante; los errores serán perjudiciales á proporcion que se levantan; y como todas las partes de este imperio penden de los auxilios que se prestan mutuamente, el fruto de

destruir las otras, será sumergirse ella misma en la ruina universal. Por el contrario, una ciencia fiel en conservar sus relaciones con las demás; pero descuidada de sí misma, tan celosa de la armonía con ellas, que mire como una insurreccion el adelanto justo y sencillo de sus luces; tan admiradora de lo ajeno, que aspire á imitarlo con olvido y detrimento de lo propio, es una ciencia ridícula, ignorante, enemiga de sí misma y perjudicial á las demás, á quienes priva de los auxilios que debían prestarle sus progresos. No nos engañemos en punto tan importante, amigo mio; las ciencias deben fomentarse, pero ni tanto que las saquemos de su esfera, destruyendo las demás, ni tampoco que atentos únicamente al órden comun, se desprecien los progresos de cada una en particular. Cada ciencia tiene su método, sus leyes, su esfera, digámoslo así, de actividad; dentro de ella los progresos son legítimos, útiles á sí, y de ningún modo nocivos al comun; pero traspasada esta, los adelantos vienen á ser espúrios y perjudiciales á las demás ciencias, inclusa aquella misma, cuyos intereses se procuran. La historia de las ciencias es una cadena no interrumpida de hechos que confirman esta verdad. El hombre ama con preferencia aquellas ciencias á que se halla dedicado; unida esta estimacion con la que tiene de sí mismo, cree aumentar esta á proporción que dilata aquella; se persuade á que no hay mas que saber, y midiendo por esta regla las demás, erige en ella un ídolo, ante quien todo conocimiento debe postrarse y ofrecer incienso. Los pitagóricos, entregados con demasía á las matemáticas, hicieron á los números el elemento universal, reduciendo á sus combinaciones todo el artificio del universo. Platon, aficionado á la metafísica, hizo ideal cuanto caía en sus manos, soñando en vez de observar á la naturaleza. Sócrates, dedicado á la moral, alejó de su escuela cuanto no fuese propio de este ramo. Epicuro, reduciendo á los átomos cuanto existe, arregló sus costumbres y su filosofía universal á la idea de un materialista. Aristóteles, metafísico, redujo las ciencias naturales á una especulacion abstracta, desentendiéndose de la observacion de los singulares y del camino de la induccion. Zenon y sus secuaces, dedicados

á la lógica, hicieron á un miserable sofisma el juez árbitro de la existencia de cosas evidentes. No es mi ánimo censurar la literatura de estos filósofos en toda su extension, y mucho menos resolver el ruidoso pleito sobre el mérito literario de los siglos antiguos y modernos¹; pero sin arrogancia y sin ténor de errar, podemos hacer esta observacion: que sus diversas escuelas ofrecen siempre á una ciencia, dominando y aun oprimiendo á las demás: que las ciencias naturales, al paso que cuentan entre los antiguos mil sistemas y sueños, no tienen sino un Hipócrates y que los aforismos de este, confirmados por todos los siglos, acreditan la diferencia que media entre los delirios de un hombre que saca de quicio una facultad, y las tareas de quien la fomenta por medios y leyes legítimas.

Ni crea vmd., amigo mio, que es inoportuna la contraccion que acabo de hacer á las ciencias naturales; su descuido es todo el capítulo de acusacion contra los filósofos anteriores al siglo XVI; su restauracion es el gran trofeo de la nueva filosofía; y su estimacion desmedida la raíz de los males y piedra de escándalo que me propuse desvanecer en la réplica que estamos rebatiendo. A dos podemos reducir las clases de conocimientos que se parten, digámoslo así, el reino de la ciencia filosófica. Hay unos, cuyo caudal reside dentro de nosotros mismos, como los intelectuales y morales; por el contrario, otros tienen su fuente en los objetos que nos rodean; y estos los debemos adquirir por medio de los sentidos y de una induccion legítima² recogida, al modo de una quinta esencia de los singulares. Los antiguos, delicados con preferencia á los conocimientos de la primera clase, y

¹ Un escritor inglés anónimo prueba que cuanto han filosofado los modernos, se halla en los antiguos, en una obra intitulada: *Investigaciones sobre el origen de los descubrimientos que se atribuyen á los modernos.*

² La ciencia hace cierta y evidente la verdad por dos caminos: por la debida aplicacion de los sentidos á las cosas, de donde resultan las observaciones, y de estas la experiencia; y por el debido uso de los primeros axiomas, que unos llaman ideas innatas, y otros principios de razon natural, dice el juicioso Piquer. (*Discurso sobre el sistema del mecanismo*, pág. 2.)

persuadidos á que los singulares son un objeto demasiado terreno para nuestra luz, tenían á mengua entrar en el taller del artesano á medir la máquina; andarse pesando en una balanza para calcular la dosis de la transpiracion; detenerse á rozar el vidrio ó el ámbar para notar los fenómenos de la electricidad..... En una palabra, la observacion y la experiencia de los singulares les era desconocida ó poco cultivada, y así en vez de principios obtenidos por largas y detenidas inducciones, substituyeron la razon moral, el raciocinio metafísico, la veneracion de los misterios naturales, la dificultad de reconocer sus causas, extendiendo el método contemplativo y abstracto de los conocimientos intelectuales á todas las regiones de la física. Este es real y verdaderamente un desórden; negar su existencia, sería una locura; hacer su apología hasta igualar un método impropio con el legítimo, es ignorar los fundamentos de la literatura humana; atribuir á un método establecido por Dios, los desórdenes que á su sombra han introducido posteriormente los hombres, es hablar á ciegas; separar lo uno de lo otro, y dar á cada uno su lugar, es lo que necesitamos y pretendemos por ahora. Dejo á mejor pluma que la mia manifestar que este desórden no fué obra de la Religión católica, ni mira política suya, ó treta de sus teólogos, enemigos de la luz natural, como si tuvieran que temerla. Estos, para persuadir sus misterios, echan mano de las luces filosóficas que corren en su siglo, sucediéndoles puntualmente lo que á los vecinos de un pueblo; que necesitados á tomar chocolate, lo toman bueno ó malo según se halla en la tienda, sin que sea culpa suya un trabajo que es comun á todos los demás. Los teólogos católicos no hubieran sido lógicos impertinentes, como dicen, ó metafísicos oscuros con Aristóteles y Platon, si los herejes no hubieran echado mano de tales raterías contra ellos; y así como el soldado entra y se ladea á donde quiera que va el enemigo, sin ser responsable á los rumbos que este le hace seguir, tampoco estos deben serlo á las cuestiones que hizo necesarias la maldad de unos hombres, tanto mas filósofos cuanto menos fieles á la voz de Dios¹..... Pero repito

¹ Esta observacion, tan natural como justa, la vemos realizada en

que esto no es de mi asunto, y así me limito á buscar el hilo de este laberinto que tanto nos apura en el dia.

Un método imprudente habia reducido los fundamentos de la física á examinar las causas generales propias de la metafísica, y aplicarlas inmediatamente á todos los fenómenos sin observar, ni experimentar, ni detenerse á conocer las intermedias, formando á fuerza de trabajo el código de leyes que rigen desde los astros hasta el último de los séres. Este desórden, observado finalmente por algunos talentos eminentes, enardeció su ánimo y armó sus plumas para combatirle á fines del siglo XVI¹. ¡Qué prudente, qué diestra no debia ser la mano destinada á ejecutar tan grande obra! Era necesario, á imitacion de un hábil cirujano, poseer la anatomía de todo el cuerpo literario; era necesario averiguar la parte doliente para no extender el cuchillo á lo sano, ni dejar rastro de lo inficionado; era indispensable examinar la causa del mal, su influencia en las partes vecinas, ó la de estas mutuamente en ella; era necesario proporcionar los remedios de suerte que no dañase á lo esencial para curar lo accesorio, tomando cuantas medidas fuesen oportunas para asegurar la curacion y no exponer vida tan apreciable; era sobre todo necesario no echar mano del cuchillo hasta tener á la vista remedios oportunos y seguros. Porque ¿de qué sirve la incision, cuando la falta de bálsamo abandona la herida á las malignas

las obras de los grandes hombres de todos los siglos, y con especialidad desde el siglo XIII hasta nuestros dias. En el arte de la guerra, los mismos Turcos reputados por *bárbaros*, nos la presentan á la vista en el decidido empeño de aprender la táctica europea, para en un caso atacar al enemigo y defenderse en un mismo orden, con iguales armas y el mismo manejo. La *turba multa* de críticos del siglo XVIII, por no haber reflexionado bien esta máxima, han acriminado injustamente á muchos sabios de los anteriores.

¹ Viéndose á los fines del siglo XVI que con la ruidosa bulla de *formas sustanciales, y cualidades entitativas*, se pasaba el tiempo mal empleado, pues con esto se llamaban filósofos los que no lo eran; intentaron algunos hombres de buen ingenio, y ánimo libre, desembarazarse de estas ficciones, é introducir una filosofía mas fundada. (Piquer, *Discur.*, p. 10.)

influencias del ambiente?... estas medidas toma la veterinaria hasta en el cuerpo de una bestia. ¿Se tomaron en esta reforma literaria, que tanto cacarea la filosofía, hace tres siglos? No negaré que Vives, Verulamio, Leibnitz, y muchos célebres filósofos previeron las resultas de esta curacion; pero ¿se tomaron las medidas oportunas para evitarlas?... Los resultados acaban de resolver este problema, sin que la seducción ni los prestigios todos de una elocuencia apasionada puedan negar ya hechos estampados en los libros, en los métodos de estudios, en los periódicos, en los triunfos de la iniquidad, y en los lamentos de la sana literatura. No es propio de este lugar poner á su vista, amigo mio, el espantoso cuadro que ofrece hoy esta á cuantos la miran con ojos desprecupados, y lo mucho que presagia aun en lo porvenir. ¿Y á qué describir por otra parte lo que vemos, con detrimento de lo que debemos especialmente averiguar? Tantos males no pueden menos de ser fruto de extravíos considerables en los principios. He aquí una consecuencia legítima, una verdad incontestable.... ¿Pero dónde están estos? ¿Cómo ó de dónde han provenido? ¿Qué remedios deberemos emplear para precaverlos en lo sucesivo? Hé aquí, amigo mio, las cuestiones que reclaman nuestros apuros y confusión, como puse á su vista en mis cartas anteriores. ¿Qué importa cortar un cáncer, cuando inficionada la masa de la sangre lleva en sí el gérmen de infinitos otros? ¿De qué sirve combatir seriamente una doctrina falaz acerca de los *recursos* de fuerza, de la *jurisdiccion eclesiástica*, etc., interim el error acerca de las verdades fundamentales, hace ridícula la seriedad con que impugnamos este ó el otro hecho, apoyados en principios que él niega ó desconoce? ¿Qué fruto puede hacer la apología de los regulares es un ánimo que, negando la Religion, no ve en sus sermones, misas, confesonario, etc. mas que unas prácticas supersticiosas, sin idea ni fruto real? ¿Qué mayor locura que acumular en defensa de la Religion todos los tesoros de la filosofía, oponiéndolos á una impiedad que la barrena con el simple efugio de una doctrina escéptica? Los males grandes tienen siempre raíces altas y profundas. Un facultativo superficial las cree someras, da buenas esperanzas, se

jacta de curarlas, interim el verdadero sabio se rie de sus pronósticos, y espera con serenidad el resultado. Estos son mis temores, y creo que los de todos los hombres sensatos. Veo á la política repeler el mal interim le aqueja, y cruzarse de brazos en seguida, como si hubiera concluido con su enemigo, porque le echó á la casa del vecino. Veo á la teología luchando con la enfermedad, expelerla, y desentenderse de todo lo demás, como si la raíz de sus males no fuera la moral, las leyes, con otros puntos filosóficos, esencialmente unidos con los suyos. Veo á la filosofía contemplando muy serena el incendio que ha causado; pero resuelta á no dejar de la mano la tea, ni retroceder un punto de los extravíos que la hicieron perjudicar á las demás. No nos cansemos, amigo mio, interim la enmienda no principie por conocer y alejar las causas del desórden, nuestros males son irremediables. Estudiamos por curiosidad, escribimos por codicia, enseñamos por soberbia, y así la dosis del estudio no pasa nunca de lo que tasa un arancel corrompido é indigno del hombre verdaderamente sabio: trabajamos por agradar ó parecer literatos; y por eso somos el juguete de la moda y espíritu del siglo: echamos mano á la hoz para cortar los desórdenes, no porque dañan á la verdad, sino porque llegaron á perjudicar nuestras pasiones é intereses; y por eso la reforma no penetra nunca hasta aquella division de la carne y el espíritu, *compagum quoque ac medullarum*, donde anda el espíritu de vértigo que nos extravía.... ¿Dónde está pues esta raíz? Busquémosla en los primeros pasos de la restauracion de las ciencias. El sabio Melchior Cano nos la presentó ya hablando de Luis Vives, y ésta observacion extendida ya los demás de su tiempo por el juicioso Piquer, al paso que nos ofrece una de las primeras causas de este mal, condena la indolencia con que abandonamos los autores domésticos, para ser seducidos por los extraños. Pusieron todo su conato en describir y ponderar el mal, es cierto. ¿Pero fueron tan felices en proponer los remedios? *No se detuvieron á fondear la naturaleza del mal; y este fué su primer yerro: pusieron todo su conato en describirle, ponderarle y censurarle vagamente, y este fué el segundo: no fueron igualmente felices en*